

LOS EXPLORADORES DE SUEÑOS

Registro nº: M-007231/2007

Daniel Santos Megina

*A Sofía, mi otra mitad.
Aliento de mi corazón e inspiración de mis sueños.*

EL CABALLO ALADO.

En aquella fría y lluviosa mañana otoñal un manto marrón, amarillo y ocre de hojas caídas, cubría el patio de la escuela. En su interior los alumnos de todas las clases asistían en silencio a las correspondientes explicaciones de los profesores.

Bueno, en realidad todas las clases, menos una...

Una algarabía de voces, gritos y risas inundaba el aula de 6ºC, escapándose por la puerta entreabierta haciéndose audible desde el pasillo.

Al jaleo habitual de los miércoles a segunda hora, causado por la clase de pretecnología, se había unido la inoportuna ausencia del profesor, que en su afán por hacer fotocopias del modelo que debía seguir la construcción de marquetería había dejado desatendida la clase durante mas de quince minutos. Y no es que no hubiese repartido las fotocopias el primer día de clase, si no que los alumnos las habían olvidado en casa, o simplemente decidiendo ignorar las instrucciones señaladas en el papel, empezaron a serrar sus maderas con las formas y motivos que más divertidos consideraron. Caso este el de Susana, que había ideado un caballo alado de tres piezas, saltándose así el aburrido patrón diseñado en el folio fotocopiado de un castillo con dos torres y un puente levadizo.

Tomás Ruiz y Miguelón se batían en un duelo de espadas, con sendas torres de madera.

Un grupito se apostaba el bocata del recreo en una carrera de gomas de borrar. Hasta el momento Rubén el bajo estaba ganando casi todos los almuerzos para disgusto de sus compañeros, pero especialmente de Juan, que tenía bien merecida su fama de glotón.

—Quédate con el bocadillo de chorizo. ¡Pero con el cuerno de chocolate no, por favor! —protestaba.

Pablo iba de una mesa a otra resolviendo las dudas de algunos de sus compañeros, que se afanaban a última hora en terminar los deberes de matemáticas. No era casualidad para Pablo ser el blanco de las preguntas de sus compañeros, pues era el primero de la clase.

Susana mantenía una animada conversación con Alí, sobre el último cómic de *La pandilla intergaláctica*.

—¡Alí y Susana! Apuntados por hablar.

La voz de Raúl Ramírez sonó desde la pizarra, en la que a esas alturas ya había escrito el nombre de todos los presentes en la clase, tarea que el profesor le había encargado en su ausencia como delegado del grupo. A Raúl Ramírez, su cargo como delegado le había causado múltiples enemistades pasajeras, que duraban tan solo el tiempo que permanecía el nombre del agraviado en la pizarra. Pero como cualquier árbitro, el delegado de 6^oC, ya estaba acostumbrado a la habitual lluvia de bolas de papel, que al grito de “¡Chivato!” sus compañeros acababan de lanzarle. Así que esta vez ni rechistó, limitándose a desahogarse con un silencioso suspiro. Tras tres años ejerciendo el puesto, no solo se había convertido en un ser implacable, capaz de escribir con tiza sobre la tabla verde el nombre del más pintado, si no que había desarrollado una estrategia de supervivencia, que le permitió no perder la preciada amistad de sus compañeros. Estrategia esta que consistía en avisar al grito de “¡Que viene!”, cuando se acercaba algún profesor.

Y así fue en esta ocasión.

—¡Que viene! ¡Que viene! ¡Silencio! ¡Que viene!

En un intento desesperado por aparentar el orden y la calma perdidos, entre ¡Shhhhh! y ¡Shhhhh! todo el mundo corría a su sitio. Los cuadernos de matemáticas se cerraban, las mesas volvían a su posición original, las pelotas de papel desaparecieron escondidas en mochilas, o simplemente debajo de la mesa.

Pero demasiado tarde... El intento había sido inútil.

Don Gerardo, mas conocido como el Petardo o Don Petardo a causa de su mal humor, había oído el alboroto desde el pasillo y se encontraba ya en el interior de la clase. Inmóvil como una estatua, paquete de fotocopias en mano y la mirada fija, fría y acusadora, clavada en cada uno de los alumnos de su clase.

Se hizo el silencio de inmediato.

Las palpitantes sienes de Don Gerardo parecían decir “¡Ahora sí!, ¡Esta vez habéis acabado con mi paciencia!” Pero no abrió la boca. En lugar de eso permaneció callado, quieto y callado. Lo cual no hizo más que agravar la tensión de aquel par de minutos, que a los alumnos, perfectamente sentados en sus pupitres, se les hicieron eternos.

Al final habló para dirigirse a Raúl Ramírez, que permanecía estoicamente de pie, tiza en mano y preparado para aguantar el chaparrón que se le avecinaba.

—¿Así es como cuidas la clase? Me voy diez minutos y me encuentro esto que parece una jaula de grillos. ¿Te parece bonito?

A Raúl Ramírez los nervios estaban a punto de traicionarle.

—No Don Petar... Don Gerardo —rectificó enseguida. No antes de que un murmullo de risas surgiese de entre sus compañeros.

—¡Silencio! —gritó Don Gerardo ahora realmente enfadado—. Anda Raulito siéntate en tu sitio...

Esta vez se dirigió a todos los alumnos.

—Vamos a ver. Voy a repartir las fotocopias del castillo que ya debíais estar construyendo todos. Y esta vez, vais a hacer un castillo como el que viene aquí, con sus dos torres, sus almenas, su puente levadizo y su foso —ahora acababa de elevar el tono de voz—. Y no lo que os de la gana, como muchos de vosotros estáis haciendo. Aunque ya me imagino yo quien ha sido el incitador de esto —concluyó esta frase posando la mirada en Susana, que apartó la vista de inmediato—. Así que el que no haga lo que esta aquí dibujado —dijo mientras señalaba nerviosamente una de las fotocopias con el dedo— ¡Un cero como una catedral! ¿Entendido? —desde el fondo de la clase se escucho un nuevo murmullo—. Y a partir de ahora a quien abra la boca, aunque sea para decir pásame la goma, lo mando al despacho del director.

—Pero, profe... —replicó Susana desde el pupitre pegado a la ventana de la segunda fila, ante el asombro de sus compañeros—. Yo ya he terminado mi Pegaso —sostenía el mitológico caballo alado en su brazo levantado.

Este último comentario pareció irritar aún más al profesor.

—¡Como no, Susana! Tú siempre tienes que ser la más imaginativa. Nunca puedes respetar las normas, ni hacer lo que se te dice. Tú siempre tienes que idear algo para no hacer lo estrictamente correcto.

Susana, instintivamente, había escondido ya medio cuerpo debajo de la mesa y sus ojos apuntaban al techo en un gesto de “Tierra trágame”.

—Mañana quiero ver a tus padres a las cinco en mi despacho —concluyó Don Gerardo.

Oh, oh... Eso no era nada bueno.

LA CANICA

El reloj de la sala de profesores marcaba las cinco y media, cuando Susana y su madre, María, salieron del despacho de Don Gerardo.

Tal y como Susana temía, Don Gerardo no contento con contarle a su madre el incidente del caballo alado, le había dicho que su hija era demasiado imaginativa e indisciplinada. “Lamentablemente en este mundo no hay lugar para los soñadores”, había resuelto el profesor justo antes de dar por concluida la reunión.

— Ya has oído a Don Gerardo, Susana. A ver si a partir de ahora intentas poner más los pies en la tierra, por lo menos en el colegio —le recriminaba su madre según caminaban por el pasillo camino de la puerta principal del colegio—. Y a ver que dice tu padre de esto —continuó.

Seguro que su padre lo iba a entender. Normalmente siempre le daba la razón a su madre, pero luego se hacía cómplice en secreto de sus nada usuales ideas. “Un día tus sueños cambiarán el mundo”, solía decirle él.

Apenas habían andado unos pasos, cuando se cruzaron con Diego, el profesor de lenguaje. Un hombre ya entrado en años, cuya barba gris y cabello canoso le conferían el aspecto de hombre tranquilo que era.

La asignatura preferida de Susana siempre había sido lengua, especialmente desde que Diego era su profesor. Diego enseñaba en sus clases a crear con las palabras, a dejar volar la imaginación, a inventar y plasmar todo aquello sobre el papel. En definitiva enseñaba a crear sueños. Ni que decir tiene que Susana era su alumna más brillante y escribía con auténtica devoción las más ingeniosas historias ya fuese en prosa o en verso.

—Hola Susana, Hola María —saludó Diego, apoyando su mano en el hombro de Susana.

—Hola profe —contestó Susana.

—¿Que tal, Diego? —sonrió la madre de Susana.

—Muy bien. Atareado preparando los exámenes de este trimestre.

—Pues nosotras venimos de hablar con Don Gerardo —María hizo un gesto señalando con la mano el despacho de este.

—¿Algún problema? —se interesó el profesor.

—La niña, que es demasiado imaginativa.

—Ah, ya veo —la expresión de Diego se volvió de inmediato exageradamente seria, adquiriendo un matiz cómico que hizo sonreír a Susana —ese es un auténtico problema... Es mucho peor de lo que pensaba —pasó el dedo índice por la cabeza de Susana— No vamos a tener mas remedio que abrir por aquí y extraer un trozo de cerebro —dijo poniendo cara de loco.

Los tres estallaron de inmediato en una carcajada.

—En mi asignatura —continuó Diego— es una alumna brillante. Ya sabes María siempre te lo digo, tu hija tiene dotes para la escritura —Se dirigió ahora a Susana—. Y quizá te ayude saber, que todavía hay quien creemos que la imaginación es una virtud. Yo también fui un niño como tú y por suerte tuve alguna ayuda.

—¿Que tipo de ayuda? —preguntó curiosamente Susana.

Diego metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y saco un objeto brillante que depositó en la mano de Susana.

—¿Una canica? —preguntó esta, mientras observaba fascinada el pequeño objeto esférico de cristal transparente, que adquiría matices azulados según se movía entre sus dedos

—No es solo una canica.

—Entonces ¿Que es? —Susana estaba cada vez más intrigada.

—Es lo que tú creas que es. A mi me sirvió hace ya mucho tiempo y ahora te lo regalo a ti. Quizá en el futuro tú encuentres alguien que lo necesite más y decidas dárselo.

—¿Y como sabré si ya no lo necesito? ¿Y a quien dárselo? ¿Para que sirve? ¿Cómo funciona? —a Susana se le agolpaban las preguntas tratando de salir de su boca.

Diego rió pacientemente.

—Lo sabrás Susana, lo sabrás... Se paciente, todas las respuestas llegan a su tiempo... Todo a su debido tiempo —y se despidió de las dos alejándose por el pasillo.

Después de cenar, antes de meterse en la cama, Susana colocó cuidadosamente la pequeña bola de cristal sobre la primera repisa de la estantería. Ahora, la tenue luz de la lamparita de noche le confería un color violeta.

—¿Cómo va a ayudarme una canica? —se preguntó, mientras se metía en la cama.

“Es lo que tú creas que es”. Las palabras de Diego resonaban en su cabeza una y otra vez. “Es lo que tú creas que es... Es lo que tú creas que es...”

—Quizá es algo tan maravilloso como la lámpara de Aladino, quizá basta con frotarlo para que aparezca un genio y me conceda tres deseos.

Lo pensó dos veces. Esa idea parecía demasiado fantástica incluso para ella, pero no tenía nada que perder. Bastaría con pasar su mano por encima para despejar todas sus dudas. Se levantó de la cama acercándose hasta la estantería y acarició suavemente la esfera violeta. Esperó unos segundos, pero no sucedió nada. Volvió a frotarla, esta vez mucho más enérgicamente, obteniendo el mismo resultado. Nada. Al fin y al cabo solo era una canica que cambiaba de color según el reflejo de la luz. Nada fuera de lo común. Desde luego no parecía ser algún objeto mágico. No era el anillo que le concedía a Frodo el don de la invisibilidad. Ni una lámpara mágica habitada por un genio. Tampoco parecía ser una poderosa bola de cristal en miniatura, guardiana de secretos que solo estaban al alcance de ser desvelados por las hormigas, o de alguien que se detuviese a observarla con una lupa.

Volvió a la cama y apagó la luz de la mesita de noche. Ya tendría tiempo de averiguar si ese misterioso objeto tenía alguna cualidad que lo hiciese especial. Había sido un largo día y ahora tenía mucho sueño.

—Es lo que tú creas que es —volvió a pensar, justo antes de quedarse profundamente dormida.

Esa misma noche algo ocurrió... Tuvo maravillosos sueños. Los sueños más fantásticos e increíbles que nunca hubiese tenido antes. De un colorido y belleza excepcional.

Soñó con un mago que vivía en una casa al revés. Con un caballo alado Pegaso de color blanco resplandeciente con crines de seda y alas de plata. Viajó hasta planetas lejanos, donde enormes árboles de más de diez mil años cuentan historias sobre hombrecillos de arena. Allí conoció a un príncipe de Venus montado en un carruaje tirado por dragones enanos. Pero lo que más recordó fue haber soñado con la canica

que guardaba en la estantería. Que esta vez no era de color azul o violeta, si no que parpadeaba emitiendo una cegadora luz blanca.